CASTELLS BRISA



David Monnet

El asunto Richelieu

MIQUEL CASTELLS BRISA

DAVID MONNET
Y EL ASUNTO RICHELIEU

Vision Libros

© Obra: David Monnet I. El asunto Richelieu

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Junio, 2011

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9008-003-0

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A mi nieta ELSA,
que nació el 2 de noviembre de 2009.

DAVID MONNET

Experto investigador, está realizando un estudio sobre los monjes cistercienses, en la biblioteca del monasterio de San Benito. Disponiendo de un permiso especial que le permite realizar su tarea hasta largas horas de la noche.

Se trata de un hombre, de un metro ochenta y dos cms. Moreno pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer, de su misma profesión (historiadora), pero que no compartía los métodos de trabajo que tanto entusiasmaban a su marido. Así como ella gustaba de realizarlo metida en su estudio y era ordenada— si cabe, en exceso— . Él, no soportaba estar encerrado y prefería investigar sobre el terreno. Tenía un aire bohemio y desordenado, entu-

siasta y algo fantasioso, que sin embargo sabía si la ocasión lo requería, convertirse en un personaje altamente refinado. Pero lo más importante era que tenía una intuición fuera de lo normal que le permitía ser una autoridad en sus investigaciones. Circunstancia que le habían proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbraba a ir por libre y ofrecer el fruto de sus investigaciones a universidades y organismos estatales. Aún que no ocultaba a nadie su discrepancia con todo lo que hacía referencia a cualquier tipo de religión, sus principales clientes solían ser los mismos estamentos religiosos, que valoraban más su inteligencia que sus creencias.

Nacido en Barcelona hace cuarenta años. Hijo de padres comerciantes. Cursó estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas. En la actualidad estaba realizando un estudio sobre la guerra de los Cien Años y la repercusión que tuvo en la orden religiosa de los cistercienses.

CAPÍTULO 1

Eran las diez y cuarto de la noche de un martes de octubre. Hacía dos días que la lluvia no cesaba. Por una ventana que estaba situada junto a mi mesa de trabajo, se veía de manera tenue, como las gotas de agua rebotaban por encima de los adoquines del suelo, mientras la luz de un farol iluminaba a unos cipreses ligeramente ondulados por la fuerza del aire. Ciertamente era una noche muy desapacible.

Bueno, en la sala donde yo trabajaba, la temperatura se situaba al entorno de los 20 grados. La calefacción debía funcionar muy bien, para calentar el enorme espacio que ocupaba la estancia que albergaba, a ambos lados de la misma, unas estanterías protegidas mediante puertas de vidrio. Con un sis-

tema de alarma de última generación que preservaba de la tentación de robar los cientos de libros manuscritos, cuyo valor histórico era incalculable.

La mesa donde yo me hallaba, disponía de dos cajones pequeños y otro de mayor tamaño, que me permitía guardar, —entre otras cosas—, una botella de un coñac añejo, que en ocasiones me servia para acompañar mi solitaria vida, en los momentos en que le daba un respiro a mi tarea.

Llevaba todo el día recopilando datos referidos a los acontecimientos ocurridos entre los años 1337 y 1378 y la repercusión que habían generado a la orden del Cister.

Estaba ya muy cansado. Apagué mi portátil lo guardé en el primer cajón. Me recosté en mi sillón. Me puse cómodo. Estiré las piernas. Tenía ganas de fumar. En la sala y en todas las dependencias del convento, estaba terminantemente prohibido. No es que mi adicción al tabaco fuera muy excesiva. Simplemente fumaba cuando realmente me apetecía, pero en aquel momento lo deseaba.

Así que abrí el cajón grande y al lado del coñac, saqué de un paquete, un cigarrillo

rubio de la marca Abdulla, que suelo comprar en un quiosco, situado al lado de mi apartamento en Barcelona el cuál, está regentado por un hombre que tiene una minusvalía en las piernas que le obliga a moverse en una silla de ruedas. Es curioso el detalle de dónde saca estas marcas de tabaco tan extrañas y a la vez exquisitas de cigarrillos que nunca se encuentran en otros lugares.

En el lavabo —pensé—.

Abriré la ventana y con la luz apagada, no se notará mi presencia.

¡Qué barbaridad! ni que fuera un chaval joven!.

En la calle llueve y hace fresco.

¡No! En el claustro a estas horas no habrá nadie y al estar al aire libre no quedará latente el olor al tabaco.

Cerré cuidadosamente las puertas de la sala. Descendí por las escaleras que bajaban hasta un largo corredor, procurando no hacer ningún ruido y llegué hasta el lugar, donde había pensado tener la máxima intimidad, y cometer el “delito”.

Me senté en un banco de piedra de los que se hallan alrededor del jardín y sin demora encendí el cigarrillo.

Fumaba sin prisa, tranquilo, reposado. Seguía lloviendo pero parecía que amainaba. Incluso entre las nubes apareció la luna. No en su totalidad pero si lo suficiente para iluminar ligeramente el claustro.

"Dos caladas más, cogeré el coche y me iré a dormir".

Mientras buscaba un lugar donde apagar el cigarrillo y no dejar rastro del hecho, escuché unos pasos —que por el ruido que hacían— me dieron la sensación como si alguien tuviera prisa.

Dirigí la mirada al lado opuesto donde me encontraba, siguiendo el sonido. Entre los arcos situados al otro extremo observé, eso sí, en una fracción de segundo, la sombra de un cuerpo que se desplazaba a gran velocidad hacia una escalera que asciende a las dependencias superiores, y que a mí, se me vetaba el acceso, a fin de no molestar a la comunidad de monjes que allí habitan.

Por la forma de la sombra, me pareció que se trataba de un hombre con una vesti-

menta larga como un hábito, pero que también, y debido a la lluvia, pudiera ser un impermeable.

Sin darle mayor importancia, salí del claustro y me dirigí, —pasando por el patio adoquinado—, hasta la entrada donde tenía mi todoterreno aparcado.

Llegué hasta él, cuando me di cuenta que había olvidado las llaves del coche en el primer cajón de la mesa de trabajo.

"¡Maldita sea! tengo demasiadas cosas en la cabeza."

Di media vuelta y mientras me dirigía a la biblioteca, me pareció ver una tenue luz en la ventana que se hallaba al lado de donde yo ejercía mi labor cada día.

Subí las escaleras sin hacer ruidos y al llegar al rellano superior, me quede sorprendido. Una de las dos puertas que hacía pocos minutos había cerrado, se hallaba semiabierta.

Entré. Abrí el cajón. Saqué las llaves y en el momento que lo cerré, observé que el que contenía la botella de coñac, se encontraba ligeramente abierto.

Tiré del asa con cuidado y al lado de la botella había un sobre de tamaño folio, que por su volumen, debía contener un gran numero de hojas, o quizás se trataba de un libro.

Lo cogí. Miré a todo mí alrededor, por si era observado, pero todo seguía solitario y silencioso.

No quise perder el tiempo, con el paquete en la mano y procurando apresurar el paso, recorrí el camino de retorno con las llaves en la mano para no perder más tiempo.

Monté en el coche.

Estuve tentado de abrir y observar el contenido que tenía el paquete, pero tenía la sensación de ser observado. Habían desaparecido totalmente las nubes, la luna lucía a pleno esplendor y iluminaba todo el complejo.

Me parecía ver sombras en todos los lugares, pero en realidad eran fruto de mi imaginación.

Puse la llave en el contacto. Estaba nervioso. Necesité de cuatro intentos para hacer que funcionara, cuando normalmente suelo hacerlo a la primera. Le di al gas y hasta después de dos kms. recorridos, no me di cuenta

de que circulaba sin luces y con el freno de mano puesto.

Había alquilado en el pueblo, que se halla cerca del monasterio de San Benito, un estudio de cuarenta metros cuadrados, el cual sólo utilizaba para dormir durante el tiempo que duraran los trabajos de documentación que se me habían encomendado.

Aparqué el coche en una zona situada al lado de la carretera, a unos doscientos metros de la casa. Subí los dos tramos de escalera. Abrí la puerta con la llave. Entré tirando la chaqueta encima de la cama. Dejé el sobre encima de una mesa que me hace las veces de escritorio. Saqué una cerveza de la nevera. Bebí directamente de la botella.

Cogí una silla. Me senté. Tomé el sobre con la mano izquierda y con la derecha extraje unas fotocopias de unos manuscritos redactados en latín. No era ningún problema, pues en mi profesión casi siempre leo en este idioma.

A primera vista me di cuenta que se trataba de unos hechos históricos que habían ocurrido en el año 1128 y que tenían relación con las ordenes del Cister y del Temple.

En ellos, se relataba como en pleno apogeo de la orden cisterciense, hubo un sínodo (reunión) en Troyes, en el cual se definieron las misiones y estructuras de la orden de los templarios, fundada en 1118, para defender los estados francos de Siria y Palestina. Creados a raíz de la primera cruzada.

Después de cuatro horas de lectura revistando lo escrito, sin encontrar ningún significado anormal o sorprendente en todo lo leído hasta entonces. Vi que aún restaban demasiadas páginas para leer y el sueño no me permitiría estar lo suficientemente lúcido para enterarme bien de lo que estaba leyendo. Por lo cual, decidí acostarme. El reloj marcaba las tres y media de la noche.

A pesar del cansancio, el dormir se me hizo una tarea muy complicada. No me sacaba de la cabeza los acontecimientos de aquella noche.

Apenas habían transcurrido dos horas desde que había podido conciliar el sueño, cuando sonó el teléfono móvil que aún llevaba en el bolsillo del pantalón.

Me levanté al quinto sonido de llamada, y naturalmente, cuando lo tuve en la mano, ya se había cortado.

Miré de dónde procedía.

Era del Abad Joaquín, máxima autoridad del monasterio.

El hecho que me llamara no era nada extraño, puesto que solía hacerlo muy a menudo. Pero sí que lo era en lo concerniente a la hora, —seis de la mañana—, horario habitual para los monjes, pero inusual para mí.

Por lo que me puse rápidamente en contacto con él.

Apenas sonó dos veces cuando oí su voz. Hablaba más deprisa de lo habitual, puesto que suele ser más bien ceremonioso y calmado al expresarse.

— Sr. David, tendría que venir al monasterio cuanto antes le sea posible, puesto que tenemos aquí a la policía y quieren hablar con usted, pues ha aparecido muerto en circunstancias muy raras un miembro de nuestra congregación.

El día había amanecido como los dos anteriores, lloviendo pero con menos intensidad. El cielo tenía un color gris plateado. El aire era fresco, pero se respiraba muy bien.

Conducía despacio. Junto a la carretera admiraba las viñas propiedad de la Orden y que tan buenos vinos producían. Las hojas de las cepas se habían teñido de aquel color rojizo propio de la estación que estábamos. Reinaba la paz, pero mi intuición me decía que se avecinaban serios contratiempos.

Creía que encontraría una gran movilización policial.

Aparqué en el lugar que me reservan y curiosamente sólo había otro coche. Un Seat Toledo de color negro y sin ningún distintivo de la policía.

"Habré llegado demasiado tarde y ya se habrán ido." —Pensé—. Me dirigí a las dependencias del monasterio. Por el camino saludé al encargado de la bodega, que en aquel momento entraba unas cajas de vino.

Todo parecía de lo más normal. Como cada día.

A la derecha del pasillo principal del pabellón, dedicado a los asuntos administrativos de la comunidad, se hallaba el despacho del Abad Joaquín. Llamé a la puerta.

Escuché una voz que decía:

—¡Pase!

Entré y junto a la mesa del abad, había un hombre delgado de media edad. Pelo rizado con abundantes canas y marcadas entradas.

Lucía un traje de color gris. De corte clásico, ligeramente gastado por el uso.

Intuí que con toda seguridad se trataba de un policía.

Dirigiéndose a él, el padre abad hizo las presentaciones.

— Sr. Rosell, le presento al Sr. Monnet, que como le he explicado esta realizando un trabajo de documentación y que acostumbra a trabajar hasta altas horas. La noche pasada seguramente fuese el último en marcharse.

Mientras me daba la mano el Sr. Rosell, me dijo que era del departamento de homicidios de la policía de Tarragona. Para pasar sin ningún preámbulo a preguntarme si la noche anterior había permanecido en el monasterio entre las once y las doce de la noche —hora en que el forense había certificado la muerte del monje Antonio—.

Le contesté que serían poco mas de las once menos cuarto, cuando me fui.